



El chaparrito Cózcalt

El muchacho Cózcalt me lo había advertido, tan chaparrito como era: «sólo los que conocen la selva saben salir de ella, no entre solo, se va a perder, y los que se pierden se vuelven locos antes de acabar en las tripas de las serpientes» Y como igualmente hice caso omiso a los consejos de mi padre y me embarqué en plena segunda guerra mundial hacia profundidades guatemaltecas, y como igualmente, aprovechando que todos los del poblado dormían, me encaminé hacia ese enjambre de árboles gigantes, de lianas y bananos, de sapos y zancudos. ¿Por qué tuve que regresar casi cincuenta años después?, ¿para ver a los mestizos pagando hamburguesas?, ¿para escucharles hablar inglés y poner la mano?, ¿para obligarme a dormir en cama y agua caliente para gringos y gachupines en lo que antes era bosque y sentir lástima de haber vuelto? Para eso bien pudiera no haber salido y que se cumpliera lo del chaparrito Cózcalt, y haberme vuelto loco y haber acabado en las tripas de las serpientes que bien cerca estuve: la oscuridad era tan profunda en las gargantas del bosque que no pude contar los días, arrastrándome sin rumbo, sin una señal, yendo y viniendo, sin avanzar apenas, agonizar siendo devorado por los mosquitos, gritar, gritar más fuerte, golpearme, arañarme, estar al borde de la locura, comer raíces, palpar en la cara de los árboles al mismísimo diablo antes de escuchar el graznido de aquel guacamayo de plumaje intensamente amarillo. Hoy, casi en el límite de la rampa de mi vida, al ver el anuncio en el diario y recordar mi primera jornada en el museo con los chicos, pasear una vez más por la historia de siempre, la historia que nos enseñaron, la historia que venía en los libros de texto y que no era la misma que aprendí en mis viajes por tierras indígenas: que no eran gloriosos unos descubridores que no descubrían, que no eran salvajes unos indígenas civilizados, que no eran sino distintos ritos, dioses y costumbres. El guacamayo había gritado «salida», o en mi locura me pareció «salida» lo que gritó aquel guacamayo saltando de árbol, me incorporé jadeando, acompañando desesperado cada uno de sus saltos, yendo de árbol en árbol, «salida» graznaba, «salida», ahora si lo oía claro, me agarré a su grito como una señal de dioses mayas, pasaron horas, días, quizás minutos, y entonces, rompiendo la selva como un cortafuegos una vía de tren, un ruido de locomotora, el pájaro perdiéndose entre ramas frondosas. Conseguí subir al vagón, estaba repleto de carbón húmedo y desmenuzado, y entonces me revolqué, me esparcí, me unté de carbón tiznando mi piel de indígena, queriendo ser indígena que conociera el bosque de la lluvia. Y el anuncio de esta mañana en el diario, y mi primera visita al museo de la Casa Colón con los chicos, y la pareja de guacamayos en el patio sufriendo los disparos de los turistas, como sufrieron los indios de Cortés, y de repente el rostro

temeroso de un árbol en el patio, palpar sus fauces de diablo, y girarme hacia el guacamayo, sostener su mirada maestra como reconociéndome y gritar «salida», y graznar «salida», y suplicar «salida», pero esa cadena a su pata, y derrumbarme por no hacer nada: quise tener guantes de seda para acariciarlo, quise ser llave, cortafuegos, locomotora, hasta que me sorprendió la madrugada en un bosque de pinos, con la palabra «salida» saltando de árbol en árbol. Y esta mañana el titular del diario: «la guacamayo de la Casa de Colón muere sin poder celebrar los cincuenta años del museo», y como igualmente no le hice caso al chaparrito Cózcalt y me adentré en la selva, y como probablemente ella tampoco le hizo caso y salió de la selva, y se dejó apresar, y viajó en alguna jaula de contrabando hacia Europa, hacia donde pagasen por ella los hombres que no se tiznan de carbón, porque todo sigue igual aunque pasen siglos y siglos.